



Presencia de Salvador Reyes

Lo conocí en su obra, portefeño como Lantónes y era y sentía, pero nuestra amistad nació en una carta que me escribió a Madrid, a raíz de un artículo en el que fue mi primer diario, también primero del país y más viejo del mundo en nuestra lengua, "El Mercader" de Valparaíso, sobre "Mónica Sanders". Cumplía, allí, en 1962, la primera invitación brindada por el Instituto de Cultura Hispánica. En la embajada de Chile, de esa capital, había desolación. El presidente, Carlos Ibáñez del Campo, recién asumido, había pedido renuncias en el servicio exterior, con excepción expresa de Salvador Reyes, a la sazón secretario en la embajada en Londres, al que destinó a Roma, con rango de ministro consejero, en la "Ciudad Eterna".

Explicación: el derrocado Ibáñez vivía en 1932 en Buenos Aires y Reyes, periodista, de paso en la capital argentina, al oír que en cierta modesta casa, a pocos metros, vivía el ex Jefe de Estado, llamó a su puerta. Sólo a abrir el propio general. El espontáneo y sentimental, como era, le dijo: "Sólo vine a expresarle que comprendo cómo se siente alejado de la patria". Dicho esto, tras un apremiado, "hasta pronto", se despidió. Opinan que ese gesto tocó hondo al ex mandatario. Causó a más de 20 años de distancia, disponer su ascenso cuando volaban los sobres azules. No había, esto es valioso, pensamiento o intención política, sino sólo una con el caído, que fue una de las características del autor de "Piel Nocturna" (1996).

Aquel artículo sobre su libro, escrito en justicia, hizo que me acogiera en Roma como al hijo que no tuvo y fuéramos casi hermanos, por largos años, mientras yo peleaba por su Premio Nacional de Literatura, que tardíamente le otorgaron, en 1967, a pesar de su esclarecida obra con títulos como "El matador de tiburones", "El incendio del astillero" y otra veintena. Ruego al lector excuse el recuerdo personal, cuyo objeto esalta el alma de uno de los mayores y más olvidados escritores chilenos, nacido en Copiapó, el 16 de agosto de 1889, hace cien años.

Reyes merece más de lo que la feble memoria le otorgó, tras morir el 27 de febrero de 1970. Antofagasta, bella ciudad abandonada -también en mi bi-



liografía, porque allí manifiestó un intento mayor en defensa de la ecología y los desposeídos. Fue, para mi gran amigo Salvador, el epicentro de su juventud marinera. Allí despertó su formidable sensibilidad de poeta y novelista, que iba a ganar verdadera estatura universal.

Vivió el París de la II Guerra Mundial. Y el abducimiento de su amigo Claude Fauriol, a quien leyó, niño, en la biblioteca de su padre. "Los tripulantes de la noche", 1929, relatos nocturnos, apareció vertido al francés por George Pillonvert, con prólogo de Pierre Mac Orlan. "Rostros de Sang", 1936, la mejor historia de bucaneros de pluma americana, que dibujó a Sharp y Watling, la editó Alfred Rossat. Aclamado en los escaparates de la "Ciudad Luz", pintó en "Rostros sin máscaras", 1957, su gratitud a los grandes, con retratos de Baroja y cuentos enseñaron el arte de novelar, todos probadas cumbres de las letras universales.

No olvidemos que su abuelo, del mismo nombre, era coronel de Chile en la "Perla del Norte" boliviana y fue alcalde al pasar a ser chileno, con nombre de calle, y todo, frente a la cual, en el mar que tanto amó, lanzaron las cenizas del nieto... Su padre, Arturo Reyes, leyó en la Plaza Colón, el acta en que Chile tomó posesión de esas "inhóspitas tierras". El joven Salvador se descubrió a sí mismo en Antofagasta, donde decidió salir a su propio encuentro, para lo cual se empapó, día y noche, en el saber formativo, tanto en los textos como en la

realidad que se palpa con las trancas, la mente y el alma.

Ejerció el periodismo desde 1920 en Santiago. Destacó por la fuerza de su estilo, erudite de los temas, profundidad humana, y capacidad investigadora acerca de hombres, hechos y cosas. "El Zag", "Las Últimas Noticias", "La Nación", "La Unión", del primer puerto, que sería su diario de toda la vida, expandieron sus escritos. La magia de Valparaíso lo aprisionó y en cada viaje desde sus destinos diplomáticos, lamaba a recorrer callejas de cerros y el plan estrecho y bohemio, que pulula en páginas de cuentos, novelas y no pocos poemas: el bardo estuvo en él hasta la hora de la muerte, desde que, todavía muchacho, hizo vibrar en los versos de su "Barco Ebrio". A la vera de "Mónica Sanders", mujer madura y apasionada y Julio Moreno, cazador de ballenas, refulge con colores propios esa maravilla que tituló "Valparaíso, Puerto de Nostalgia" y que tuvo en honra debutar en francés, en 1963, y ser best seller, por toda una semana en librerías de París, con prólogo de Francis de Marmandre.

¿Qué decir de "Los arantes deauridos" y el resto de su obra, que abraza la "Antártida", que palpó en presencia, y el resto de su nomenclador? Sólo repetir: ¡Qué ingrata es la posteridad!

Rodrigo Garcés Guzmán *

* Periodista

al Sur, Concepción, 11-VIII-1999 p. 3.

591576

Presencia de Salvador Reyes [artículo] Rodolfo Garcés Guzmán

Libros y documentos

AUTORÍA

Garcés Guzmán, Rodolfo, 1921-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1999

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Presencia de Salvador Reyes [artículo] Rodolfo Garcés Guzmán. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile